

## Entre marino y campesino: A propósito del arte de contar historias

Reseña de *El miedo tiene los ojos grandes* de  
Ana Mardoquea

**JUAN DAVID ALMEYDA SARMIENTO**

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER, COLOMBIA.

JUANALMEYDA96@GMAIL.COM

ORCID:

[HTTPS://ORCID.ORG/0000-0002-6463-6388](https://orcid.org/0000-0002-6463-6388)



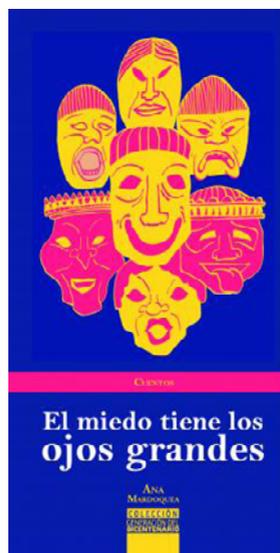
Almeyda Sarmiento, J. D.  
(2020). Entre marino y cam-  
pesino: a propósito del arte  
de contar historias. Reseña  
de *El miedo tiene los ojos  
grandes* de Ana Mardoquea.  
*Cuadernos de Literatura del  
Caribe e Hispanoamérica*,  
(32), 225-231.

Recibido: 25 junio 2020

Aceptado: 17 septiembre 2020

Publicado: 2 diciembre 2020

**W**alter Benjamin escribió que la experiencia de la transmisión boca a boca es de la que beben todos los que narran historias. Para el mismo autor alemán, el narrador es aquel que se encuentra apropiadamente entre dos arquetipos: el marino mercante y el campesino sedentario. Por un lado, el primero de estos se caracteriza por ser el individuo que vuelve de un viaje lejano dispuesto a alimentar al mundo con sus experiencias por medio de la narración; la riqueza de este se encuentra en las cosas nuevas conocidas y por contar. Por otro lado, se tiene al honrado trabajador que conoce bien la tierra en la que vive y a la que tanto tiempo ha dedicado, lo cual lo dota de un conocimiento tradicional: “La extensión real del dominio de la narración, en toda su amplitud histórica, no es concebible sin el conocer la íntima compenetración de ambos arquetipos” (Benjamin, 2019, p. 227). Esto último es lo que el lector puede encontrar en *El miedo tienes los ojos grandes*, colección de relatos de Ana Mardoquea publicada en 2019.



Mardoquea, A. (2019). *El miedo tiene los ojos grandes*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.

Por medio de la antigua tradición de contar historias, Mardoquea recrea escenas de esos lugares comunes que se encuentran presentes en el trasegar de la vida. Al libro lo unifican distintas representaciones del miedo, por lo que la tarea del lector recae en figurar y reconfigurar las líneas de cada escrito para encontrar cómo esta emoción se hace presente. El ejercicio que se tiene es el de investigar, como en las clásicas novelas de detectives, dónde se encuentra ese escurridizo miedo que se esconde dentro de los cuentos, qué apariencia toma y por qué toma dicha forma. Es un trabajo literario cuyo valor radica en la capacidad de poner la cotidianidad en palabras escritas para ser leídas o, quizá, escuchadas, de modo que el libro ponga en cuestión qué tan próximas han estado dichas situaciones de nuestras propias vivencias.

Mardoquea, novel en la publicación de libros, —mas no en la experiencia de contar historias—, trae consigo un modelo de escritora que posibilita degustar relatos desde el calor, que permite la cercanía con lo cotidiano, pero a su vez con la amplitud de panorama que permite la distancia (retomo nuevamente los arquetipos del marino y el campesino). La narrativa de lo ameno, la perspectiva que toma esta escritora es la del “hombre que se siente a gusto con los pies en el suelo, pero sin entregarse excesivamente al lugar” (Benjamin, 2019, p. 228).

Lo que el lector puede encontrar en las páginas de este libro es una forma artesanal de la comunicación. Cada relato responde a una filigrana propia de esas creaciones irrepetibles que son realizadas por los más elevados alfareros. Las experiencias que se pueden rastrear dentro de esta obra responden a ese sumergimiento que se requiere por parte de una autora para que una historia quede impregnada de su propio nombre. A la vez tiene también la capacidad de salir a la superficie para dejar que sus experiencias hablen por sí solas, de mano del delicado proceso de contar a los demás de boca en boca.

Es un trabajo que responde a esas maneras de entender la escritura descritas por Roland Barthes, esas oscuridades que deben de estar presentes para dotar de sentido una narración a la que se vuelve

para ser revisada y reconstruida por el ejercicio constante de la escritura y la lectura. Se puede decir que:

[E]n lo que escribe hay dos textos. El texto I es reactivo, movido por indignaciones, temores, réplicas interiores, pequeñas paranoias, defensas, escenas. El texto II es activo, movido por el placer. Pero al irse escribiendo, corrigiendo, al irse plegando a la ficción del Estilo, el texto I se hace a su vez activo (Barthes, 1978, p. 52).

Son narraciones auráticas, término benjaminiano, que permiten apreciar esa oscuridad detrás del texto que no debe dejarse opacar por la necesidad de las cercanías, pero que tampoco debe de nublarse por la fragilidad de la lejanía. Así pues, los relatos de Mardoquea hablan por sí mismos y pueden ser pensados como mensajes embotellados lanzados al mar; empero, este ejercicio literario invita a pensar el trasfondo de la escritora al momento de pensar los lugares comunes. Así como Barthes lo hizo sobre sí mismo, esta autora permite experimentar una forma de narrar en la que se cuenta a sí misma en tercera persona, se *extraña*, para poder jugar con los límites de la ficción.

Variadas son las formas que se tiene para poder pensar la obra de Mardoquea: los relatos son una experimentación de esos personajes marginados que la indiferencia nos permite ignorar y que la curiosidad nos incita a profundizar intempestivamente. El ejercicio literario de esta autora ayuda a responder esto último al detenerse a contar y narrar historias de esos actores que la visión nos ubica en segundo plano.

Lo único que cabría anotar es la brevedad del libro ya que, si la intención radica en figurar una narrativa del lugar común, se requiere de una máquina literaria de mayor fuerza, parecida a la compuesta por Scott Fitzgerald en *Cuentos de la era del jazz*, razón por la cual en ocasiones este libro se siente como un suspiro frente a la turbulenta tormenta que pretende sopesar.

El trabajo llega a palidecer por la ausencia de material visto desde la distancia. Se llega a experimentar una ausencia de espíritu pleno y completo que solamente una multiplicidad de voces puede ofrecer. La direccionalidad del libro está presente, pero la falta de contenido para llenar esa obra puede hacer que el placer de leer/escuchar estas narraciones quede agotado con prontitud. Al final, se siente la necesidad de escuchar más, pero de forma imprevista, como si fuese contado de boca a boca en un lugar concurrido, se suspende la narración y la historia queda en un continuar.

Este sería el flanco más débil de la obra como unidad: no posee un cuerpo que alcance a darle el sustento suficiente como para impactar de manera abarcadora el lugar común que la autora trae en sus narraciones. Es un punto que le resta en la suma total de elementos que componen el libro, pero que no desmerita el trabajo de escritura artesanal que existe detrás del material que el lector puede encontrar en cada relato. Es válido, a su vez, tener presente que el ejercicio realizado por Mardoquea es un trabajo de calentamiento, un punto de partida en un camino literario que aún tiene carretera para ser desarrollado. Por lo anterior, es un trabajo literario que permite apreciar los primeros pasos de un alfarero de la literatura y, si bien su contenido narrativo es limitado, su trabajo de calidad no deja al lector decepcionado; Es complejo, pero el defecto de la obra como un todo y no como fragmentos independientes, es no dar más al lector de esas artesanías literarias que bellamente saltan entre cada historia.

*El miedo tiene los ojos grandes* evoca las palabras del joven Nietzsche: “Solo como *fenómeno estético* están eternamente *justificados* la existencia y el mundo” (Nietzsche, 2009, p. 69). Lo anterior, puesto que el ejercicio logrado por Mardoquea nos recuerda y ofrece la oportunidad de mirar hacia la náusea del mundo y crear a partir de esa existencia caótica y cruel.

La capacidad de narrar expuesta por esta autora es la de generar interrupción en la fórmula desgarradora que domina la vida por definición: “únicamente él es capaz de retroceder esos pensamientos de náusea sobre lo espantoso o absurdo de la existencia convirtiéndolas

en representaciones con las que se puede vivir” (Nietzsche, 2009, p. 81). Un trabajo que destaca por tener detrás una forma de pensar la narración como una transfiguración de esos espacios siempre presentes en el diario vivir.

Poco más se puede decir de esta obra, rebelde y juvenil (como toda obra novel), pero fuerte y con promesa de más (como todo buen primer paso). Es un trabajo que tiene la capacidad de ser expandido en la posteridad con futuras publicaciones que quizá sí o quizá no, —el futuro es incierto por definición—, puedan enriquecer lo escrito en *El miedo tiene los ojos grandes*.

Siendo una autora de origen bumangués y de formación bogotana, la de Mardoquea es una voz regional que merece la pena escuchar y leer. El trabajo narrativo que se presenta al lector le permitirá encontrar una afable conversación con una obra que, como el marinero que llega de viaje o el campesino que termina de trabajar, tiene mucho que contar a quien esté dispuesto a escuchar.

Resuena para Mardoquea el elogio de Borges a Silvina Ocampo: “[e]l mundo que nos revelan las poesías y los cuentos de esta última es extraordinariamente rico y tornasolado, y tal riqueza no es obra del vocabulario; procede de una afinada y lúcida sensibilidad” (Borges, 2013, p. 1112). Una amena charla, producto de un trabajo sensible sobre el mundo, es lo que salta a la vista en un primer momento con *El miedo tiene los ojos grandes*. Ya en segundo lugar es posible dilucidar esos tornasolados elementos de los lugares comunes cotidianos que son dados por sentado en el diario vivir.

*El miedo tiene los ojos grandes* invita a observar los espacios en blanco entre cada escena de esa serie de momentos llamados existencia. Es un recordatorio constante de lo incompleto que se vive —y se seguirá viviendo—, pero también es un llamado a “[m]antenerse en la figura del explorador, del aprendiz eterno, del caminante, del buzo, para mantener abierta la construcción de formas de vida” (Mardoquea, 2019, p. 70). El trabajo de Mardoquea deja un sinsabor por su corta extensión; no obstante, deja percibir un placer que solamente

permite la experimentación, como diría Benjamin, de la transmisión boca a boca.

## Referencias

Benjamin, W. (2019). El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nikolái Léskov. En W. Benjamin, *Iluminaciones* (R. Blatt, Trad., pp. 225-252). Bogotá: Taurus.

Barthes, R. (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes* (J. Sucre, Trad.). Barcelona: Kairos.

Nietzsche, F. (2009). *El nacimiento de la tragedia o Grecia y el pesimismo* (A. Sánchez, Trad.). Madrid: Alianza.

Borges, J. (2013). ¿Cómo nos quieren los poetas? En J. Borges, *Misceláneas*. Barcelona: Random House Mondadori.

Mardoquea, A. (2019). *El miedo tiene los ojos grandes*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.